

LA RECONQUISTA DE GUATEMALA

Luis Adrián Mora Rodríguez

Este Dios Verdadero que viene del cielo sólo de pecado hablará, sólo de pecado será su enseñanza. Inhumanos serán sus soldados, crueles sus mastines bravos.

Chilam Balam

La memoria colectiva de los pueblos mayas quedó marcada por la violencia de la conquista. El dolor, la humillación y la imposición forzada de una cultura buscaron *desaparecer* al mal llamado *indio*. La conquista fue sadismo y sed de sangre que convertía a los españoles en lobos hambrientos. Metáfora que quedó retratada claramente en un texto como la *Brevísima*. Ya en su época, muchos cuestionaron la veracidad del relato. La hipérbole de la muerte, la cadencia de las masacres, el detalle de los cuerpos destrozados, sirvió a críticos y estudiosos de Bartolomé de las Casas para descalificarlo. Exageración e imaginación justificaban entonces el horror de lo escuchado y lo leído. El fraile dibujó una bestialidad llena de lujuria que se acercaba curiosamente a los cuadros infernales del Bosco. Un hambre alimentada por el oro, por la vejación del otro, por el poder divino del exterminio. Las guerras contra los indios, nos dice Las Casas, fueron guerras nunca vistas, *guerras nuevas* que acompañaban la cruz y el Evangelio, que en nombre de la civilización practicaban la barbarie, el sacrificio y el genocidio: “*Y así las mujeres preñadas y paridas e niños y viejos e cuantos podían tomar echaban en los hoyos hasta que los henchían, traspasados por las estacas que era una gran lástima ver, especialmente las mujeres con sus niños. Todos los demás mataban a lanzadas y cuchilladas, echábanlos a perros bravos que los despedaban e comían*”.

Es en el cuerpo del otro donde las huellas de la violencia permanecen. La tortura expresa ese máximo ejercicio del poder donde el dolor se inscribe en la piel, en los genitales, donde el absurdo del sadismo penetra en las psiques. Hoy, 500 años después de estas masacres, se actualiza la voz de las víctimas. El cuerpo mutilado, golpeado y humillado revivió en los testimonios vivos y directos de los indios ixiles guatemaltecos. Se enjuició a Ríos Montt y se le condenó por genocidio. Curiosamente, los medios nacionales guardaron un pesado silencio sobre este juicio; aparte de algunas notas cortas, poco se ha dicho al respecto y los análisis sobre este caso fueron casi inexistentes. Es como si lo que sucedió en Guatemala hace treinta años no dijera también algo de nosotros. Quizás es por eso mismo. Los relatos de la barbarie moderna, tecnificada y planeada con esmero por los militares, interrogan a los actores de ese periodo, siembran un mar de dudas sobre aquéllos que estuvieron cerca, que escucharon y callaron. Cuestionan

nuestro racismo latente. Y por supuesto, hacen temblar el poder hegemónico de un presidente, ex-general, señalado también como culpable de las masacres: Otto Pérez Molina. Un ex-general que se codea con los grandes de este mundo, cierra manos y cocina negocios en Centroamérica. Mientras tanto, en la sala de juicio se repitieron en voz autóctona los relatos de mujeres violadas, asesinadas, de niños quemados, mutilados, de aldeas enteras borradas del mapa. *Arrasadas...* como la tierra que las circunda.

Este juicio revivió la *colonialidad* que estructura el poder en Guatemala y —en distintos grados— en el resto de nuestra América. Los indios son la alteridad absoluta, el legado de un pasado que se rehúsa a morir. Son vistos como el lastre que impide a Guatemala ser un país de verdad. Los militares los consideran menos que un *gato cagado* (Gallardo), una raza inferior cuya subsistencia nadie se explica y cuyo único destino cierto es el de perecer. Así los veía también Pedro de Alvarado cuando sus huestes conquistan esa tierra y él le escribe a Hernán Cortés: “*Y viendo que con correrles la tierra y quemárselas yo los podía atraer al servicio de S. M. determiné de quemar a los señores, los cuales dijeron al tiempo que los quería quemar, como parecerá por sus confesiones, que ellos eran los que habían mandado hacer la guerra y los que la hacían... Y como conocí de ellos tan mala voluntad al servicio de S. Majestad y para el bien y sosiego de esta tierra, yo los quemé y mandé quemar la ciudad y poner por los cimientos.*”

Similar estrategia tenían los hombres de Ríos Montt. Quemar los cimientos de la vida de los ixiles, “*quitarle el agua al pez*”, decían con cinismo en sus documentos estratégicos. Aquí, el trabajo para “Su Majestad” residía en extirpar el cáncer del comunismo —*para el bien y sosiego de esta tierra*— cáncer implantado supuestamente en los indígenas por curas radicales, teólogos de la liberación, soporte de los guerrilleros guatemaltecos. El “mito de la modernidad” en su máxima expresión, los indios culpables de su propio exterminio al ser una amenaza a la civilización, al “bien” y al rechazar tercamente el yugo que se les impone. Este juicio ha acabado. Sin embargo, el cumplimiento de la justicia tiene aún por delante todos los obstáculos imaginables. Parece ser que la lógica genocida de los militares —representantes del Bien, la Justicia y el Orden— se reaviva. El documento de la Fundación contra el Terrorismo lo indica claramente, dejando en el aire un tufo golpista inconfundible al calificar todo el proceso como *una conspiración de la izquierda internacional que busca desestabilizar a Guatemala*. En este país se juega, hoy por hoy, nuestro compromiso con la memoria y con el futuro. Y digo *nuestro* porque lo que suceda de aquí en adelante en Guatemala nos marcará como centroamericanos, del lado de las víctimas o del lado de los victimarios. ■

Luis Adrián Mora Rodríguez (San José, 1979). Filósofo costarricense, doctorado en La Sorbona. Es Profesor e Investigador en la Escuela de Estudios Generales de la Universidad Nacional, en Heredia.